

Dos tierras

Arlette Armenta Lira

Arrancada

Siempre me estremezco de la misma manera cuando veo a un árbol arrancado de su tierra. Ver su corteza desgarrada, sus raíces expuestas, doloridas, que pareciera buscan desesperadamente su hogar perdido, me hacen pensar que esa soy yo: arrancada del suelo de España y traída por la marea a una tierra extraña. “Exiliada” es como me llaman.

Ya han pasado tantos años, pero nunca olvidaré el día en que mi madre me llevó a la estación del tren, que me dijo que tenía que irme. Sólo tenía nueve años, por lo que no alcanzaba a comprender del todo qué estaba pasando, pero sí sabía que ya no era seguro estar allí.

Mi hogar se había tornado gris, ya no me dejaban salir de casa sin ir acompañada, veía los rostros preocupados de los adultos y oía los susurros de palabras como “republicanos”, “nacionalistas”, “Franco”, “guerra”.

Cuando el tren partió, mi casa, mis juguetes, mis amigos, mi familia, todo quedó atrás. Solo pude llevarme una pequeña bolsa con algunas cosas, entre ellas aquella semilla de olivo que alguna vez tomé del viejo árbol cerca de mi casa, la cual había guardado en el relicario con las fotos de mis padres.

Luego de Francia, a mí y a otros niños nos subieron a un barco. Todos huíamos, perdidos, como las semillas de un árbol que al caer río son arrastradas a tierras desconocidas.

“Nos llevan a *Méshico*” escuché decir a uno de los niños.

Después de días, que se me hicieron eternos en la mar, había comenzado a sentirme como una tripulante de Colón que se encaminaba al Nuevo Mundo. Cuando el barco finalmente tocó el suelo mexicano, sentí algo de alivio porque ya no estaba en el limbo de la nada, al menos bajo mis pies volvía a haber tierra firme, aunque el miedo seguía ahí, puesto que no sabía qué sería de mí a partir de ese momento.

Nos dieron la bienvenida, no pude entender del todo lo que decían, pero vi amabilidad en sus ojos.

Echar raíces

Me pregunto si una semilla o un árbol trasplantado dudará si debería o no echar raíces en la tierra en la que se le plantó. Supongo que sí, eso explicaría por qué no todas las semillas germinan o porqué algunos árboles mueren cuando se les cambia de tierra.

Me relocizaron en un centro de acogida en Aguascalientes, el nombre del estado me pareció chulo. A-guas-ca-lien-tes. Al menos comenzaba con la letra A, como Andalucía.

Allí decidí plantar mi semilla de olivo, el pedacito de mi hogar que había traído conmigo, y me dije a mí misma que si comenzaba a crecer sería una señal de que yo debía hacer lo mismo, de que la tierra era buena y que yo sería capaz de echar raíces.

Tardó tiempo, pero con el cuidado adecuado, como el que me estaba brindando México, un delgado tallo comenzó a salir de entre la tristeza y los recuerdos.

Con el paso de los meses y los años, crecimos. El pequeño árbol empezó a sacar hojas y mi acento cambiaba sutilmente. Para otoño sus hojas cayeron, al mismo tiempo que

perdía mis últimos dientes de leche. Floreció cuando llegó mi primer período, y las abejas lo buscaban cuando tuve a mi primer novio.

Noté que los frutos de mi olivo eran distintos, algo más pequeños y más dulces. Mi árbol, igual que yo, no era mexicano, pero ya tampoco era del todo español. Sus hojas eran un poco más verdes que las de aquellos que crecían en España, tal vez el verde de la bandera mexicana las había teñido demás. Me habían dicho que ese color en la bandera significaba esperanza, así que, al ver a mi árbol vistiendo ese tono, pensé que no debía perderla.

Mientras tanto hallé consuelo en las letras. Empecé a transformar mis pensamientos, mi dolor de la separación y el deseo del reencuentro, en palabras sobre trozos de papel, como una forma de dar sentido a lo que sentía. Pronto esas oraciones se convertirían en poemas y esa poesía en mi puente entre mi pasado y mi presente, entre España y México.

Pasaron años en los que yo y mi pequeño árbol de olivo nos adaptamos y maduramos. Él se volvió más alto que yo, capaz de abrazarme con su sombra, y entonces el suelo de México, de Aguascalientes, se volvió nuestra casa, *nuestra tierra*. Nos naturalizamos mexicanos, aun cuando los recuerdos de nuestra otra tierra no se desvanecen y yo conservo la esperanza de volver algún día. Pero me consuela la idea de que aun si yo no vuelvo a pisar mi España, mis palabras lo harán, así como las hojas y las semillas de los árboles vuelan a otros lugares.

Así que, ahora, cada vez que veo un árbol arrancado, sobre todo cuando es pequeño, me tranquiliza pensar que eso no siempre significa que vaya a morir: puede volver a echar raíces.

